

RECENSIONES

RAFAEL BALLESTEROS, *Poesía (1990-2010)*, edición y estudio de Juan José Lanz. Málaga: Fundación Unicaja y etc eltoroceleste, 2015, 376 pp. ISBN 978-84-943636-0-3.

Veinte años de creación poética comprende este volumen recopilatorio de poesía ballesteriana editado por Juan José Lanz, y que ha visto la luz pública merced a Fundación Unicaja y a la editora malagueña etc., eltoroceleste. Son los cuatro lustros que median desde 1990 hasta 2010.

Es cierto que el escritor Rafael Ballesteros dio a la estampa durante este período de tiempo la creación poética de *Jacinto* en sus entregas II, III y IV, así como otros textos que pueden leerse como poesía y como teatro. Pero también es razonable no incluir en el volumen a dicha obra, porque, de un lado, su extensión la hace acreedora de editarse en volumen separado, y de otro se trata de una modalidad creativa que, por sus características, cabe adscribirla al subgénero del auto sacramental. Y es que la praxis literaria del autor colinda con la escénica de una manera que en ocasiones resulta manifiesta, propiciando obras como el libreto de *Amor pelirrojo* (2001) y el texto *Contramansedumbre* (*Poema para representar*) (2013).

Abarca este volumen los seis conjuntos que siguen: *Testamenta* (1991), *De los poderosos* (1996), las dos entregas de *Fernando de Rojas recostado sobre su propia mano* (1999 y 2002), *Los dominios de la emoción* (2003) y *Nadando por el fuego*. No señala el editor fecha alguna de publicación de esta última obra, y entiendo que la causa obedece a que, de hecho, aunque se imprimió en 1912 en Francia, a cargo de Les Editions de La Bastide, se hizo una tirada no venal, y por tanto no se trata de un libro que en el sentido más usadero del término pudiera darse por publicado hasta ser recogido en este volumen de 2015. Siendo así, puede decirse

que *Nadando por el fuego* era una obra editada, pero sin publicarse aún por no tener acceso a su lectura más allá de un círculo muy restringido.

Cuando nos encontramos con un poeta que plantea a los lectores no pocas dificultades para ser entendido, y ese es el caso de Rafael Ballesteros, la tarea del crítico resulta bien ardua, y los resultados de su lectura interpretativa, si es cabal, son muy meritorios, y ese es el caso del trabajo de Juan José Lanz que se refleja en el estudio que se publica como introducción a estas cuatro décadas de poesía. Estudio de gran valor el suyo, y tanto por la tarea del análisis literario propiamente dicho como por la convincente explicación teórica y radiográfica que en él se ofrece con el objetivo de que las claves literarias e intelectuales de la poética del autor de *Jacinto* puedan ser participadas y comprendidas.

Hay poetas que no pretenden transmitir mensajes acerca de cómo piensan. Hay otros que sí, y entre estos están quienes los plasman de manera muy nítida, y aquellos que los envuelven de tal modo que resulta difícil captarlos bien, no solo en una primera lectura, sino al cabo de varias. Entre estos últimos está Rafael Ballesteros, que ha cifrado sus sentires y pensamientos en una tupida y compleja red de opacidades. Ha penetrado inteligentemente a través de ellas Juan José Lanz, y el fruto obtenido de su atenta pesquisa tiene granazón y clarifica en grado sumo de qué manera/s se expresa y qué va diciéndonos la poética ballesteriana en cada una de sus fases creativas.

Lanz entiende que Rafael Ballesteros ofrece en su obra una lectura diferenciada del mundo, y es verdad. Y esa lectura somete a revisión conceptos muy recibidos acerca de la conciencia, del vivir, de la muerte, de la identidad, del conocimiento de la realidad, de la actuación ante el discurso de los poderosos, de la entrega amorosa, y de la escritura. Voy a poner negro sobre blanco



a continuación lo que ha desentrañado Juan José Lanz a propósito de asuntos tan fundamentales, en la esperanza de no ser demasiado infiel en la transmisión de ese desentrañamiento.

La conciencia no se concibe como anterior ni como independiente de las circunstancias del sujeto hablante, sino que dependería de ellas. El vivir se lee como un continuado aprendizaje de la soledad desde la soledad. Al fallecer, desaparecen cuerpo y alma, sin que haya horizonte trascendental alguno. La identidad no se tiene, sino que se va construyendo a lo largo de la vida. ¿Cómo? En el diálogo con otros, de modo que no es propia, sino compartida. Se será yo cuando se deje paradójicamente de ser yo. No hay certezas, pues el ejercicio de pensar no las produce, dado que consiste en un incesante cuestionamiento de todo. El silencio puede convertirse en un arma simbólica en contra de los discursos trucados del poder. La entrega amorosa, además de sensorial y sensual, posibilita un encuentro cognoscitivo que supone una indagación de la intimidad, como lo es en el sujeto dicente.

Respecto a la escritura, se entiende como un lenguaje en el que, como Ballesteros ha dicho, «se trasvasan y se articulan mis contactos más cordiales, profundos, verdaderos e intensos de mí con los otros...» (14). En el propio texto es donde se produce la construcción de una identidad lingüística que, al ser literaria, no será sino ficticia. El sentido y los sentidos que abre el texto son responsabilidad del que lo lee. Al lector se le ofrece a este fin un discurso de voces diferentes, emitido en el ámbito cordial de la creación poética. La palabra del hablante se dice a sí misma, y no va más allá.

Escribir supone una siembra en el olvido, no procediendo hablar en términos de trascendencia en la escritura. A lo sumo cabe decir que la obra literaria permite alguna clase de sobrevivencia duradera en el tiempo, de ahí que, como escribe Juan José Lanz, «El naufrago abrazado al yo poético como símbolo del reencuentro del sujeto escindido ante la inminencia de su desaparición» (78) constituya uno de los simbolismos más reiterados por el poeta.

Aun estando de acuerdo con lo advertido por Lanz en su hermenéutica, mantengo un solo

punto de discrepancia con este investigador. Es la atribución del «desvelamiento del misterio» a la praxis poética de Rafael Ballesteros, lo que puede leerse en las páginas 63, 68, 82, y en alguna que otra más. Creo que este parecer se ha inmiscuido en su discurso tal vez por *contaminatio* con lo que se dice acerca de algunas poéticas a las que pudiera ser de recibo que se les aplicase esta particularidad. Pero no me parece el caso de Rafael Ballesteros.

Además de desentrañar Lanz las claves de pensamiento que, mal que bien, hemos tratado de resumir, analiza la práctica literaria ballesteriana, señalando los principales recursos empleados en ella. Destaca en primer término lo que a los lectores les sorprende desde que comienzan a leer sus textos: el lenguaje poético del autor consiste en un desvío sistemático de códigos lingüísticos y de códigos poéticos.

Se emplea el poeta con ahínco en toda clase de rompimientos, de desestructuraciones, de trastrueques, en una suerte de rebelión de las palabras y de decididos rotos rítmicos. El neologismo es una fórmula a la que se acude a menudo, una fórmula que se justifica para decir lo que no se había advertido forzando al lenguaje a expresar esa perspectiva insólita. También la interrogación es proceder prevalente, porque se propone una duda irreductible sobre todo. Y Lanz estudia esos y otros mecanismos creativos y proporciona una explicación plausible de sus funciones. También hace notar cómo Rafael Ballesteros va integrando y vertebrando en cada nuevo proyecto poético los resultados literarios ya experimentados con anterioridad.

A la hora de situar al escritor malagueño en el mapa de la poesía española contemporánea, Juan José Lanz inscribe su poética dentro de las estéticas rupturistas de la vanguardia, lo que no obsta para que el legado literario clásico repercute notablemente en su obra. El suyo sería un neovanguardismo con algunas pátinas surrealistas llevado al límite, relajando posteriormente sus opacidades herméticas, y permitiendo el acceso a las claves dialécticas antedichas que hacen tan singular la poesía ballesteriana.

José María BALCELLS